

colección rúbrica



JESÚS CADEVILLA PASTOR  
EL BAILE DEL UNICORNIO

esstudio  
ediciones

## I

Elevó la vista y la descubrió allí, encaramada en su balcón. Acechándolo. Con sus ojos ovalados y enflaquecidos, los labios perennemente abiertos exponiendo la amplitud de su boca hundida y desconcertante. Discreta testigo de arrebatos y perfidias. Propietaria y comadrona de la noche. Durante esas horas de encantamiento en las que el hombre se adivina más insignificante, menos centro del Universo, más humano. Íntimamente ligado con su propio yo, con su auténtica personalidad. Despojado del millar de corazas que camuflan y fantasean la realidad. Esa esencia personal que apenas se deja traslucir al exterior y que muchas veces es desconocida por el propio afectado.

—¡Buenas noches! —saludó el propietario de *El Temperamental* con voz quebrada.

En aquellos momentos el corpulento hombre con aires de boxeador retirado bajaba las persianas metálicas del bar tras una dura jornada de domingo en la que había tenido que bregar con algún otro cliente de mal beber y peor pagar.

—¡Buenas noches, Paco! —le correspondió el interpelado dejando de observar a la señora.

—De boda, ¿eh? —le indicó viéndolo cargado con la inconfundible bolsa que contenía la cámara de vídeo profesional.

El rostro de Juan Carlos desprendía signos de agotamiento después de una jornada que se había iniciado a las diez de la mañana. A esa hora, cuando los escasos viandantes enfundados en sus

chándales iban a comprar churros o el periódico, abandonó su hogar para filmar la primera de las tres bodas que tenía que inmortalizar. «A mi edad ya no soporto tantos trotes», se repetía a pesar de encontrarse en una edad todavía joven.

—Pasa, te invito a una copa —le ofreció un Paco deseoso de relajarse durante unos minutos charlando con su convecino.

—Pero solo una, ¿eh? —asintió después de unos segundos de vacilación—. Estoy agotado y tengo ganas de acostarme.

El establecimiento, con la mayoría de las bombillas apagadas, difundía un ambiente lóbrego y decadente. Los objetos se mostraban deformados merced a las luces mortecinas que proyectaban sombras alargadas. Un ejército de sombras esparcidas aquí y allá. La máquina tragaperras se había transformado en un espectro de tenebrosas intenciones que amenazaba desde su emplazamiento con sarcásticas muecas. El humo impregnaba cada rincón, cada centímetro. Las paredes imploraban a gritos una capa de pintura para liberarlas del inconfundible y perturbador olor a nicotina, a alquitrán quemado y a frituras... Y también a confidencias.

A muchas confidencias.

Juan Carlos encendió *un fortuna*. A continuación, bebió un prolongado trago y dejó el alargado vaso sobre la barra con la mitad de su *gin-tonic*. Los cubitos de hielo repiquetearon contra el cristal hasta que los sonidos fueron ahogados por el líquido. Un líquido donde flotaba una rodaja de limón. El toque perfecto para ese combinado. Paladeaba dos de los placeres mundanos. El tabaco y el alcohol. Percibió un cosquilleo que le recorrió los músculos. Ello revitalizaba sus maltratadas energías. Por unos momentos renació, aunque solo fue un efecto transitorio. Una sensación fugaz que desapareció casi tan rápida como había llegado.

—Un día de estos me quito del tabaco —las palabras de Juan Carlos parecían dirigidas a él mismo en un intento de concienciarse.

—Jamás me lo he planteado... Soy incapaz de conseguirlo —admitió Paco consciente de que esa afición lo acompañaría hasta la tumba.

—Cualquier día... —balbuceó el fotógrafo al que se le formó una mueca amarga a causa del cansancio físico y mental tras la larga jornada de trabajo.

Las agresivas campañas que se llevaban a cabo sobre los efectos dañinos del tabaco no lo dejaban impasible a sus cuarenta y cinco años. Se sentía afectado por la dependencia a una droga consentida durante siglos por la sociedad. Desde muchos años atrás consumía cada día tres cajetillas.

—Creo —prosiguió Paco— que esas monsergas de que el tabaco es perjudicial son interesadas. ¿No daña también la contaminación del humo de las fábricas y el de los coches? ¿Y la porquería que comemos? Sin ir más lejos, mi abuelo fumaba igual que un carretero y vivió hasta los cien años... ¡Ah! Y del tabaco de entonces, que no era tan refinado como ahora... Nos están convirtiendo en unos flojos.

—El día que me decida lo dejo... —se repetía Juan Carlos con la mente cada vez más embotada y la mirada extraviada en profundos abismos.

Recordaba el inicio de su carrera de fumador. Fue el mismo día que abandonó la escuela recién cumplido los catorce años. Durante la infancia había escuchado las prohibiciones de Don José. Una a una las palabras pronunciadas con voz suave pero a la vez concluyente caían igual que un torrente sobre las mentes infantiles.

—Os aconsejo que jamás fuméis... ¡Jamás! Cuando seáis mayores no os lo podré impedir, pero mientras pertenezcáis a esta escuela no quiero veros ni dentro ni fuera con un cigarrillo en la mano o en la boca. Si pilló —ralentizó la dicción— a alguien fumando,

que se atenga a las consecuencias... No existe nada más deprimente que la visión de un jovencuelo con un pitillo.

Los alumnos sabían que el director del *Colegio Serra* era una persona justa y poco amante de los castigos a pesar de dirigir una escuela de la posguerra. Una posguerra larga y tediosa que había adormecido a la población. Tiempos en los que la letra con sangre entra. No obstante, no le gustaba que le contradijeran cuando creía que su restricción redundaba en beneficio de la educación. Se desvivía para que los niños fuesen el día de mañana hombres de provecho. Sus pantalones sujetos por unos tirantes que sobresalían por encima de la camisa le transmitían un aire peculiar. Hacía ya unos años que el hombre había fallecido. Cuando supo la triste noticia experimentó una sincera aflicción ante esa desaparición. Si bien cuando eso ocurrió, hacía mucho tiempo que no lo veía, pero a él le debía una parte importante de lo que era como persona. Y eso no lo olvidaría jamás. Sin embargo, no le hizo caso en el tema del tabaco. En su interior todavía le recomía el haberle fallado.

—¿Cómo va el trabajo? —el tabernero le extrajo de sus meditaciones.

Durante unos segundos le miró sin verlo con ojos inexpresivos. Poco a poco sus pupilas se impregnaron de aquel hombre de cincuenta años, metro setenta de altura y complexión robusta. A simple vista cualquiera afirmararía que la comida se hallaba entre sus devociones predilectas.

—No me puedo quejar, pero hay momentos en los que me gustaría disponer de más tiempo libre.

Juan Carlos y su mujer regentaban una tienda de fotografías en el barrio de la Creu de Barberà de Sabadell. La zona debía su nombre a la cruz que antes se emplazaba en las entradas y salidas de las poblaciones a modo de señalización, y a que hasta el año

1959 pertenecía a Santa María de Barbarà, hoy Barberà del Vallès. Fue anexionada por Sabadell. Los huertos y campos cedieron al empuje demográfico de la ciudad. Miles de personas ocupaban aquel barrio donde un número importante procedía de otros lugares de España. Se asentaron allí en busca de una vida mejor. Al pasear por sus calles y plazas se comprobaba que no se habían olvidado de sus orígenes si bien el respeto hacia la tierra que los acogió y donde habían nacido sus hijos era, en la mayoría de los casos, extremo.

Juan Carlos, o el fotógrafo como se le conocía, había cambiado su empleo en una empresa que fabricaba componentes eléctricos por un trabajo más limpio, más independiente y mejor remunerado. Se decantó por la filmación en vídeo canjeándose una fama que rebasaba los confines de la comarca. Exigente al máximo consigo mismo y con sus aparatos. Ello le obligaba a invertir horas y más horas en el montaje de los reportajes al igual que si se tratase de una producción cinematográfica que optase a los *Óscars* de Hollywood.

«Me frustra que una escena que me ha llevado de cabeza durante horas pase desapercibida para el cliente», confesaba con tono acerbo en los momentos de saturación. «Pero me siento recompensado con la labor bien hecha... Algunos se aprovechan de la buena fe de las personas. Cobran unos precios tentadores, pero si analizas la calidad, son mediocres. A mí me daría vergüenza entregar un reportaje así. Antes me retiré del negocio».

Cuando diez minutos más tarde abandonó el bar, unas nubes habían ocultado la señora de la noche. Pero no tenía ninguna duda de que seguía allí vigilante. La negrura sobresalía empujando una bruma acerada y sibilina, agriamente turbada de anhelos no cumplidos de deseos marchitos. El día expiraba dejando herencias al mañana. Testimonio de incumplimientos, muestra palpable e

hiriente de la flaqueza de la naturaleza humana. Una nueva semana estaba a punto de iniciarse para satisfacción de unos y escarnio de otros.

—Un día de estos me quito del tabaco —se le escapó un hilito de voz mientras apretaba los puños en un intento por recoger el magnetismo que irradiaba el Cosmos. Deseaba llenarse de vigor antes de iniciar la batalla que se le presentaba difícil. Por unos instantes que duraron lo mismo que un suspiro, las nubes le permitieron contemplar el resplandor de la Luna. El fotógrafo lo interpretó como una señal que emergía de lo desconocido. Una hoja marchita cayó contoneándose en la agradable brisa.

—Mañana dejaré de fumar —pronunció a media voz pero con determinación siguiendo un impulso.

Se sentó en un banco de la plaza ubicada a una cincuentena de metros de su casa y frente a la tienda de fotografías. El letrero «*FOTO VÍDEO*» apagado marcaba el reposo del establecimiento. Una ráfaga de aire le acarició el rostro. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Fue dando profundas caladas. Con rostro expresivo degustaba aquel placer terrenal que pronto le sería vedado. Su cuerpo se convulsionaba ante el cúmulo de sensaciones. Se hallaba embargado por un goce que le transportaba hacia un orgasmo químico. *¡Qué bueno está el condenado!*, musitaba entre dientes mientras consumía *el fortuna*. Con sus labios formaba volutas de humo con sorprendente maestría. Tomaba conciencia de que estaba a punto de romper con el pasado, acabar con una afición, ¿o debía denominar vicio?, que llevaba en la sangre, en cada parte de su cuerpo. Pocos segundos le separaban del inicio de la cruzada contra su propio yo. Una batalla que se anunciaba difícil. Escudriñaba temeroso cada milímetro que se consumía bajo el fuego purificador. Miró de nuevo hacia el cielo encapotado e imploró con quebrada voz arrojando la colilla más apurada de su historia.

—¡Dios mío, ayúdame!... Acabo de fumarme el último cigarrillo y ya parezco la necesidad de encender otro... ¡No seré nunca más esclavo del tabaco! —exclamó desde el corazón venciendo las iniciales reticencias.

Hasta su nariz le llegaba el humeante estertor de la colilla que se fundía a escasa distancia. Aspiró con profundidad en un postrer intento de retener para siempre aquel aroma, aquel sabor que le había acompañado durante más de treinta años y que, a su pesar, estaba dispuesto a arrojar de su vida. Con las piernas entumecidas se marchó a dormir cuando el humo se había apagado por completo sin concederle ni un segundo más. Debía enfrentarse a su decisión. No había lugar para más excusas que dilatasen la puesta en práctica.

De saber lo que le esperaba, quizá, no hubiese dejado de fumar.

De saber los otros lo que les esperaba, seguro que le hubiesen pedido que no lo dejase.

Se hubiesen evitado numerosos problemas.

Pero en aquel momento nadie sabía el calvario que les aguardaba y que podía acarrear funestas consecuencias.

¿Nadie?...



## II

*Cuando suena la última de las doce campanadas... Cuando la ciudad adormece... Cuando hace varias horas que el Sol dormita... Entonces empieza la hora de las brujas. Las hadas, duendes y gnomos se hacen los dueños de la noche. Se produce el instante mágico en que otras realidades toman cuerpo. Emergen los seres de luz que nos muestran el camino a seguir. Una senda emprendida por los grandes maestros que nos han acercado a las puertas del conocimiento, al umbral de un mundo diferente... Menos material. Y es precisamente en ese momento cuando iniciamos nuestro MUNDO MÁGICO... Durante tres horas las paraciencias, las religiones, los ritos y leyendas, la parapsicología y los misterios... se apoderan de las ondas y se convierten en dueños de la noche. ¡Bienvenidos a este programa dirigido y presentado por Enrique del Valle... —de fondo a las palabras sonaba *Evening falls*, de ENYA.*

Patricia dio una fuerte calada a su cigarrillo y con los labios moldeó el humo que se esparció por la estancia adoptando dispares formas. Lo había aprendido de su progenitor. Maestro en crear figuras efímeras para las que no existía ningún galardón. De niña se plantaba delante y le pedía que las hiciese para ella. El padre miraba aquel rostro avisgado y no podía negárselo. Era su debilidad. Como premio recibía el agasajo de la sonrisa desenvuelta y sincera. Pero eso ya quedaba atrás. Ya no era una niña. Mientras estudiaba le encantaba escuchar aquel programa dedicado a los enigmas y a los hechos insólitos. Desde que hacía unos meses, pasando los días, había escuchado por casualidad aquella voz se sintió cautivada.

Era una dicción profunda y envolvente modulada con maestría. De aquellas que aprisionaban desde las primeras frases y que costaba desprenderse de ellas. Para la muchacha Enrique del Valle poseía la voz perfecta para presentar un programa radiofónico. En más de una ocasión cerraba los ojos y se dejaba arrullar por la calidez de su tono. No lo sabría definir pero él, o más bien su dicción, despertaba en la joven un cúmulo de sensaciones que la turbaban. Era algo superior a sus fuerzas. Ni siquiera Miguel Ángel, a pesar del amor que sentía por él, lograba producirle ese desasosiego. *¡Ah, Miguel Ángel!* Durante unos minutos sus pensamientos se posaron en él, pero pronto su atención retornó a la radio. La voz del locutor volvía a atraparla como vulgar mosca en un panal de rica miel.

—*Hoy, en el apartado de «Personajes», hablaremos de Mulá Nasrudin. Se cuenta —acompañaban sus palabras The Eyes Of Truth, de ENIGMA —que este maestro derviche reunía en su persona todos los estados del ser humano. Sabio, cortesano, médico, mendigo, juez, maestro y tonto. Al mismo tiempo poseía un pasmoso talento para evadirse de la lógica que caracteriza al ser humano y para sumergirse en los caminos de lo absurdo e irracional. Esta forma de vivir la vida lo ha hecho claro exponente de la filosofía «Koán», ese juego de preguntas y respuestas absurdas entre maestro y discípulo...*

Enrique del Valle prolongó su pausa buscando en los oyentes el efecto apetecido. Solo se escuchaba la envolvente música que invitaba a la meditación.

—*Numerosos chascarrillos místicos del Mulá Nasrudin han llegado hasta nosotros pese a que no siempre han sido comprendidos por la sociedad Occidental.*

De nuevo la música se adueñaba del espacio llenándolo de magia.

—*En un lejano país existía —la voz de Enrique del Valle volvió a tomar posesión de su programa— un monarca que un día al levantarse*